

En el desarrollo de la historia, los mitos han sido la forma primitiva de entender el mundo. El ser humano tiene una inevitable curiosidad por lo que le rodea, y a falta de una explicación satisfactoria para la verdad del universo, la invención de mitos proporcionaba y proporciona una respuesta a la que aferrarse.

Se podría pensar que los mitos son algo que la sociedad occidental dejó atrás hace siglos, pero lo cierto es que estos son de vital importancia en el funcionamiento de la sociedad actual. Aunque no necesarias para el desarrollo individual, la esperanza y el optimismo son fundamentales en la motivación de una comunidad tal y como la conocemos. A menudo, el mundo en el que vivimos parece despojarnos de toda positividad y, ahí es donde los mitos salvan nuestras sociedades. Las salvan porque las mantienen, pero eso no significa que no las destruyan también. La fe ciega en los mitos es la más fuerte, pues el individuo la necesita emocionalmente, y se aferra a ella con gran ímpetu, de forma que la racionalidad no llegue a desbaratarla. Es por esto que los mitos han sido, en la historia de la humanidad, una causa mayor de guerras y desgracias, pues poco hay más destructor que humanos enfrentados, defendiendo desesperadamente sus opiniones opuestas, con miedo a descubrir que estaban equivocados.

Un ejemplo extraordinario del poder de los mitos es la influencia de la Biblia en la sociedad occidental actual. Comenzó como un mito que aportaba claridad sobre el origen de la vida, tranquilidad sobre el final de esta, y un sentimiento de identidad y pertenencia que causa un confort que es difícil rechazar. El cristianismo es solo una de las muchas religiones que prueban el impacto de mitos en sociedades enteras, pero su relevancia en la moral occidental la convierte en un ejemplo que merece especialmente nuestro interés.

“Haja ou não deuses, deles somos servos” (Haya o no dioses, somos sus siervos). Esta frase de Fernando Pessoa describe, en mi opinión, cómo la veracidad de los mitos no tiene ninguna importancia ya, pues incluso siendo falsos, estos determinan la vida actual. Hoy en día son muchas menos las personas que dedican su vida a la religión, o pertenecen a esta por verdadera fe, y no tradición. Sin embargo, las morales de esta se manifiestan en cada una de las acciones de todo el mundo, crean en Dios o no, vayan a la Iglesia o no. En España, son los valores católicos los que dictan que no es correcto comerse a los muertos. Esta es una idea compartida por la mayoría de los españoles, independientemente de si creen en Dios o no. Por tanto, podría decirse que la moral española depende inconscientemente de un mito con miles de años de antigüedad.

Crecemos oyendo hablar de los mitos como algo apreciado, que, incluso si en el fondo sabemos que no es totalmente fiable, queremos creer y disfrutar. Hoy en

día, las palabras “mito” o “mítico” se utilizan para referirse a aquello grandioso y admirable. Sin embargo, no hay que ignorar que estas palabras tienen un matiz tradicionalista, en el que se muestra que apreciamos lo mítico porque nos recuerda a lo conocido, y eso es reconfortante.

La sociedad actual, con la publicidad y las redes sociales, constituye un entorno perfecto para la difusión de mitos, pero eso no significa que en otras épocas fuese más difícil su expansión.

Otro ejemplo de mito presente en el mundo actual es el conocido “sueño americano”, Este tiene su origen en el siglo pasado, donde representó perfectamente la esperanza, a pesar de que en la mayoría de los casos, solo vendía una imagen inalcanzable. Esto tiene vigencia aún a día de hoy, y es de vital importancia en la formación de la imagen que tiene Estados Unidos a ojos del resto del mundo pues, ¿quién no se imagina un país de deportistas y estrellas de cine? El peligro de este tipo de mitos, sin embargo, reside en que llevan a infravalorar al resto.

El ser humano podría vivir sin mitos como individuo; es biológicamente posible. Sin embargo, no es posible que una sociedad viva y funcione sin el componente esperanzador que estos representan. Una vida sin mitos es mucho más dura e infeliz que una con ellos, y muy pocos prefieren la verdad a todo coste. Sin motivaciones comunes, una sociedad sería inmantenible, y esto es algo que evidencian todas y cada una de las sociedades desde el origen de la humanidad. Además del interés de la gente por creer en los mitos por su propio confort, no se puede ignorar el componente de los mitos como control de masas, que lo convierten en algo de interés también para aquellos en el poder. En la sociedad actual, no solo aquellos que gobiernan tienen el poder, sino también todos aquellos que venden sus productos. Los mitos se venden como objetos, hoy en día, y es por la gran exposición que tenemos a ellos que un mundo sin mitos se presenta inconcebible.

Iara Carreró